

Carta de los Editores

Aprender a leer, a escribir, a pensar ...

Uno de los hitos del movimiento estudiantil en España ha pasado a la posteridad con el nombre de “la Santa Isabel”, por la festividad de aquel día de noviembre de 1884 en que los estudiantes de la Universidad de Madrid se echaron a la calle y se enfrentaron a la policía montada a caballo para defender la *libertad de la ciencia* invocada en el discurso de inauguración del curso por Miguel Morayta. Los manifestantes adoptaron como patrón a Giordano Bruno –sentenciado, como es sabido, por la Inquisición a morir en la hoguera- y le proclamaron *mártir del librepensamiento*. Un clérigo condenó entonces la libertad del profesor en su cátedra, por contraria a la fe y a la razón, al envolver en sí misma la libertad de pensar, explicar, adherirse, escribir y propagar todo linaje de errores, absurdos y paradojas... Las palabras de aquel vicario de la sede primada de Toledo nos dan ocasión hoy para evocar, precisamente, la misión de un centro universitario como el nuestro, en trance de celebrar su 150º aniversario. Un centro, en el que hoy, todavía más que ayer, resulta imprescindible enseñar a *leer* y a *escribir*, como presupuestos insubstituíbles de la capacidad de *pensar*.

A quienes el aserto anterior pueda parecerles anacrónico, les recordaremos –como hace el *Informe Bricall*- que la comunicación de la Comisión Europea de 12 de noviembre de 1997 describió de esta forma los objetivos de la universidad: *el desarrollo de la capacidad de empleo a través de la adquisición de competencias necesarias para promover, a lo largo de toda la vida, la creatividad, la flexibilidad, la capacidad de adaptación y la habilidad para aprender a aprender* -recuérdese nuestro editorial en el último número de esta Revista- *y a resolver problemas*.

¿Aprender a leer? La polémica ha ocupado en los primeros meses de este año un notable espacio en los periódicos. El conocimiento de la lectura se adquiere en la enseñanza primaria, pero dudamos de que la práctica y la habilidad en la lectura estén hoy suficientemente extendidas ni en la secundaria obligatoria ni en el bachillerato. Lo

cierto es que el número de obras de consulta que los estudiantes universitarios están dispuestos a manejar es trágicamente reducido. Los lastres de la formación básica han convertido la universidad en un erial, en el que ya no se lee. Esta falta de lectura condiciona totalmente las clases, cuyo nivel ha de descender a los abismos de incultura de sus destinatarios. Y si no se ha aprendido a leer antes, deberá hacerse en la universidad. Cada cinco de los créditos de que se compone una carrera debería exigir la lectura de un buen libro de literatura.

¿Aprender a escribir? La agrafía de nuestros estudiantes (y de algunos profesores) es uno de los fenómenos más preocupantes de la universidad actual, y se corresponde con la falta de lectura y de habilidad en el ejercicio del lenguaje, una de cuyas características es la dramática reducción del número de palabras que una persona conoce y es capaz de utilizar. Estamos volviendo a marchas forzadas al simio que una vez fuimos. Una buena parte de nuestros estudiantes no ha aprendido a escribir en la secundaria y deberá hacerlo en la universidad.

Leer, hablar y escribir han de convertirse en objetivos reales de la educación en todos sus niveles, porque sin haberlos alcanzado resulta imposible acceder a la imprescindible capacidad de mínimo conocimiento crítico. La capacidad de leer, de hablar y de escribir es la que traza la frontera entre los grupos sociales y permite la movilidad vertical, es decir, el progreso en la propia carrera profesional.

En este sentido se mueve una de las recomendaciones del *Informe Bricall*: *es aconsejable que en nuestras universidades se cree y se fortalezca un ambiente en el que nuevas ideas y propuestas tengan la oportunidad de ser discutidas. [conviene] introducir materias humanísticas de manera transversal en los currícula universitarios de todos los ámbitos de especialización.* Así lo ha empezado a hacer la Escuela de Empresariales de la UB, en el ámbito del Tercer Ciclo (organizado, precisamente, al margen de criterios disciplinares) mediante el *seminario de ética y cultura empresarial* o a través de la recomendación constante en las “guías del estudiante” de la década de los noventa de que las asignaturas de libre elección se utilicen para ampliar el horizonte cultural de los estudiantes y no sólo para su hiperespecialización.

Aprender a pensar. Desde luego, no es ésta sólo una obsesión de los editores que firman este escrito. Como también ha recogido el *Informe Bricall*, la División de Filosofía de la UNESCO en 1995 incitaba a que *la actividad filosófica, que no sustrae idea alguna a la libre discusión, que se esfuerza en precisar las definiciones exactas de las nociones utilizadas, en verificar la validez de los razonamientos, en examinar atentamente los argumentos de los demás, permita a cada uno aprender a pensar por sí mismo.*

La educación si quiere ser digna de tal nombre ha de formar para la crítica racional. En palabras de Fernando Savater, *el lector tiene que intentar pedalear también conmigo o incluso contra mí.* En otras palabras, el estudiante no ha de conformarse con ser el receptáculo pasivo de los conocimientos transmitidos por sus profesores, sino que ha de aprehender –es decir, para Maria Moliner, percibir con la inteligencia y, por tanto, comprender- y, en una segunda fase, aceptar o refutar lo que se le plantea. Un profesor puede sentirse satisfecho sólo el día en que algunos de sus alumnos sean capaces de estar en desacuerdo con él. Pero para que esto sea así, el profesor ha de enseñar no sólo su propio criterio o el de sus maestros, sino también las opiniones de los demás. Saint-Exupéry les decía a sus conciudadanos que si discrepaban de él, lejos de ofenderle, le enriquecían.

Este ha sido y éste es el centro neurálgico de nuestra Escuela. Como escribe Vicenç Molina en “De la razón práctica –las raíces históricas de la Escuela de Empresariales de la Universidad de Barcelona”, de recentísima publicación: *desde los estudios de comercio de la Junta hasta la Escuela Universitaria de Estudios Empresariales de la Universidad de Barcelona se mantiene una actitud coherente: ha habido, explícitamente en muchos casos, y de forma implícita, oculta, en otros, un anhelo contundente de situar la formación de los gestores de la empresa en todo un entramado de intereses culturales y sociales de carácter constructivo, enaltecedor de las propias posibilidades, superador de los límites, abierto al progreso.* La Escuela – describe también Vicenç Molina- constituye *una comunidad educativa regida por la ambición del estudio profundo, por la búsqueda de nuevas perspectivas, por la universalidad de sus inquietudes, por la apertura a todas las manifestaciones de la cultura, por la voluntad de rigor científico y por el respeto entre todos sus miembros,*

así como por el interés por la comunidad social y ciudadana de la que nace y a la que ha de servir, es la universidad.

Leer, escribir, pensar, buscar la verdad. Todo un programa que bien puede ser evocado con ocasión de la celebración del 150º aniversario de la Escuela, mediante la invocación al dios *Mercurio*, para los romanos, o *Hermes*, para los griegos, tal y como hicieron nuestros predecesores al situar su efigie en la fachada de *Balmes, 49*, o al incorporar su caduceo al escudo de la Escuela. Hay una antigua estatua de Mercurio en las Tullerías. El dios lleva un petaso con las alas encorvadas y replegadas, está casi desnudo y se cubre con una capa, en una mano tiene una bolsa y en la otra un caduceo, entrelazado con dos serpientes. El caduceo, del que ya hablaba Homero, semeja un regalo de Zeus a Hermes en forma de un rayo solar; las alas representan la actividad; las serpientes constituyen un símbolo universal de vida y, también de prudencia. Hermes es así el mediador, el enlace entre los dioses y los hombres y entre los propios hombres; *Hermes, dios del comercio*, por tanto; y, en su labor de acercamiento entre los seres humanos, ¿por qué no?, *patrono de la laicidad*, la característica más determinante, desde los combates del XIX por la libertad de la ciencia, de la universidad pública.